

# Recuerdo a un poeta cordobés

por M<sup>a</sup>. Antonia Giménez-Santos

Hace unos años, se erigió en Córdoba un sencillo monumento a un poeta cordobés, en un recoleto rincón junto a los baños califales, simbolizando en él el amor que significó por entero su vida y marcó su obra.

Ibn Zaydún —Abdul Ualid Ahmed—, el poeta romántico lleno de nostalgias por la tierra natal que abandonó, nació en Córdoba en 1004. Fue considerado el más perfecto poeta neoclásico de la España, entonces bajo el dominio musulmán; ya en su época fue célebre por sus epístolas a la bella Ualada, princesa omeya que, al parecer de algunos historiadores, sí correspondió a su amor, y al decir de otros, no atendió a sus requerimientos, consiguiendo incluso que abandonase la corte en que ella residía, angustiada por su desvío.

Era en época de los reinos de Taifas: la princesa Ualada brillaba con todo su esplendor, más que la corte misma; los artistas se inspiraban en su belleza, componiendo encendidas odas en su honor y entre ellos destacaba Ibn Zaydún, que transformaba sus sentimientos en hermosos poemas llenos de dolor.

Desde Al-Zahara, va desgranando, constante y triste, sus versos que, en la forma epistolar de aquel tiempo, hacía llegar a su amada:

“Desde Al-Zahara con ansia te recuerdo:  
¡Qué claro el horizonte! ¡Qué serena  
nos ofrece la tierra su semblante!

La brisa con el alba se desmaya:  
parece que, apiadada de mis cuitas  
y llena de ternura, languidece...  
Hoy, triste, me distraigo con las flores  
de los ojos, imán donde la escarcha  
juega vivaz, hasta inclinar sus cuellos.  
Pupilas son que, al contemplar mi insomnio,  
sollozaron por mí; por eso el llanto  
irisado resbala por su cáliz...  
Todo excita hacia tí mi afán ardiente,  
mi recuerdo tenaz que no ha dejado  
mi pecho, por estrecho que se viera..."

De esta forma, en variados temas en los que destacaba el dolor ausente, desvío y nostalgia de la Córdoba que no disfrutaba, dirigidos a Ualada, dio origen a la romántica leyenda de amor en la cual, el abandonado poeta es el protagonista junto con la princesa ¿esquiva? ... o ¿adquiescente? ... ¿Desdeñó o correspondió, no obstante la distancia y la barrera de un trono al pie del cual se asentaba ella? ... El, refugiado en Sevilla, en donde llegó a ser visir, amante hasta el último suspiro de su patria chica, paseó el nombre de Córdoba por los diversos países que recorrió, hasta morir en el año 1070.

Su ciudad no ha sido ingrata al rendir el sencillo homenaje a los dos amantes pues, quizás por igual, los dos amaron y sufrieron, con el bello gesto de las manos unidas; los versos grabados en el pedestal, junto con los nombres, flanqueado por esbeltas columnas sosteniendo un templete que recuerda a los sotechados de la Alhambra. Todo el conjunto y la breve escalinata que lo rodea es de mármol blanco; en ella suelen sentarse al atardecer jóvenes parejas de esta juventud que, aún hoy, perciben sentimientos e interés por la historia remota vivida en Córdoba que, aquietada ahora bajo su lontananza azul ciñendo sus sierras y montes —quizás convertidos en tiempos arcaicos en gigantes aguerridos que la supieron defender—, llama al mundo, mostrándole con orgullo de madre su fecunda historia; ella, creada por ilusiones de artistas y sabios, con voluntad no menguada por el temor ante un futuro pleno de gloriosos presagios; adorada por los hombres y respetada por los siglos:

"Que amor la construyó y amor nos la conserva,  
entre sombras de azahares, almendros y jazmines...  
Donó de su tocado la Sultana, una perla;  
meditaron ante ella celosos los artífices..."

Iy surgió Córdoba, ensueño en Alma y en Materia! "

Quizás, así la requebró, añorándola, la mano del poeta, inmortalizada en bronce en un rincón califal de la tierra cordobesa.